



El momento de la unidad

(Publicado en el *Diario Palentino*, el 16 de enero de 2005)

Ignacio Cosidó

En letra impresa nº 317

16 de enero de 2005

La aprobación del denominado Plan Ibarretxe en el Parlamento vasco ha generado en muchos ciudadanos una gran preocupación, una lógica indignación y, en algunos casos, incluso una sensación de desesperanza por el futuro de España. Hay motivos para todo ello. El Plan supone un nuevo y trascendente paso en el proceso de secesión que persigue el nacionalismo vasco.

Su aprobación supone una amenaza inminente para la unidad de España, en contra de la voluntad muy mayoritaria de los españoles, y una victoria política de quienes durante casi cuatro décadas han asesinado y extorsionado a miles de personas para alcanzar esa misma meta.

Así, este desafío no sólo pone en riesgo el futuro de España como proyecto común, sino que quiebra la convivencia democrática en la sociedad vasca y supone una derrota inadmisibles de la libertad frente al terrorismo. Sin embargo, mi convicción es que si la gran mayoría de los que creemos en España y creemos en la democracia permanecemos unidos, seremos capaces de superar este grave desafío. El viernes en La Moncloa se dio un paso importante en esa dirección.

En esta situación hay quién puede preguntarse sino hubiera sido posible una negociación previa que hubiera impedido el choque al que ahora nos encaminamos. Sinceramente creo que no. Pri-

mero porque una negociación de este tipo hubiera traicionado la memoria de las miles de víctimas que ETA ha causado en nombre del mismo objetivo político que ahora se pretende y la voluntad de una mayoría de vascos que siguen sintiéndose españoles además de vascos. Segundo porque lo que está en juego, la soberanía del pueblo español, no es algo negociable, es un principio que se reconoce o no se reconoce. Tercero porque cualquier nueva concesión arrancada por el nacionalismo vasco al Estado español no hubiera sido más que una nueva baza con la que seguir avanzando en su objetivo final, la secesión de España, con mayor facilidad.

En todo caso, eso es agua pasada. La realidad es que nos enfrentamos a un plan secesionista, aunque lo encubra en esa alambicada falacia de Estado libre asociado, y tenemos que dar respuesta al mismo, conscientes de la grave responsabilidad histórica que asumimos. Es obvio que en la sociedad española hay un rechazo absolutamente mayoritario a este Plan, un rechazo que políticamente se manifiesta en la posición del Partido Popular y del PSOE. El problema es que mientras el Gobierno parece haber optado por una estrategia de apaciguamiento, condicionada por sus propias alianzas parlamentarias, el PP considera necesaria una política de firmeza. Esa dinámica se recondujo ayer sobre la base de la defensa común de la Constitución por ambos partidos.

Quién pensó que el desafío nacionalista se desmoronaba con un cambio de talante, con diálogo y negociación, con la despenalización de la convocatoria de referéndum ilegales, tiene que sentirse

muy desconcertado estos días. El apaciguamiento no sólo no es la solución al desafío, sino que alimenta la ofensiva. El problema de fondo es que el actual Presidente deber hacer frente al desafío nacionalista atado de pies y manos por los independentistas catalanes. ERC ya le ha puesto los límites a la respuesta que el Gobierno puede dar al Plan. En primer lugar, nada de pactos con el PP que podrían contener no sólo las ambiciones del nacionalismo vasco, sino también las del catalán. En segundo término, mucha moderación y sutileza en la respuesta a Ibarretxe, no se vaya a crear en la sociedad española una alarma que entorpezca sus propios planes secesionistas. En definitiva, el PSOE puede en última instancia votar que no, pero sin aspavientos ni malas compañías.

La absoluta dependencia de Zapatero de quienes no solo apoyan el Plan secesionista vasco sino que comparten en el fondo los mismos objetivos que Ibarretxe, le invalidaba políticamente para dar una respuesta eficaz al desafío lanzado por el Parlamento Vasco. Restar trascendencia a la amenaza de ruptura formulada por Ibarretxe, no recurrir el acuerdo al Tribunal Constitucional, recibir con prontitud a Ibarretxe en La Moncloa, mantener una actitud de laxitud ante el recobrado protagonismo político de un partido ilegalizado como Batasuna, debilitar el Estado de Derecho frente a actos contrarios al ordenamiento constitucional, son todas ellas decisiones concretas y hechos objetivos que van justo en dirección contraria a la respuesta que el Estado debería dar al desafío lanzado desde uno de sus territorios. Esa es la estrategia que debe corregirse de mutuo acuerdo con el Partido Popular.

Es la hora de la responsabilidad. Es el momento de que los millones de españoles que por encima de nuestras diferencias creemos en este proyecto común de España y creemos en la democracia permanezcamos unidos frente a este intento de destruir esta unidad y esa libertad. Tenemos que ser firmes en la defensa de nuestras convicciones y decididos en el uso de los instrumentos que nuestro propio Estado de derecho posee para defenderse de este tipo de agresiones. Pero sobre todo, olvidemos nuestros intereses de partido y pongámonos todos al servicio común de España. La situación lo requiere.